





Julio Martínez Mesanza

Escribo poemas porque, muy de vez en cuando, unas ideas, unas imágenes y un ritmo específico deciden presentarseme juntos, lo que me provoca cierto estado de ansiedad, durante el cual me obligo a dar una forma más o menos acabada a la inexplicable unión de esas ideas, esas imágenes y ese ritmo, aprovechando la exaltación que dicha ansiedad proporciona y esperando a la vez liberarme de ella.

El mar de mayo

a Santiago y Bárbara

La luz se separó de las tinieblas
y la luz era hermosa y muy paciente:
después del laberinto me esperaba
la llama inmerecida de una rosa,
la sonrisa de yago, el sol de plata
y, al llegar a gammarth, el mar de mayo.

Imagen y semejanza

una madonna de van eyck y el niño,
que miran desde el tiempo de la gracia,
ese claro en el tiempo incomprensible,
que dice imagen, gloria y semejanza.

Del inicio

a Crista

No es igual el frufú. Suenan distinto
las hojas secas y las hojas vivas
que ataca este lejano y largo viento,
el que suena distinto cuando pasa
entre las ramas sin vestir o sopla
sobre la tierra en la que nadie vive.
El viento es mediación, pero no siempre.
Un ángel no podría mantenerse
contra el viento furioso del inicio;
ni ese que lleva la verdad al sueño,
ni ese que ayuda a consumir el cáliz,
ni ese que en cambio va a salvar al hijo.

La hermosura para qué

En el ala del miedo. En eso vienes
pensando. En el extremo sin escudo.
Porque siempre has pensado en cosas raras,
y la tarde oscurece desvalida.
En tres mujeres que no tienen hijos
ni los tendrán jamás. En ellas vienes
pensando. En el extremo sin escudo,
porque la vida está desprotegida.
La fiesta de la luces en las torres
que nunca duermen. En las torres vienes
pensando. En la tristeza de las torres.
En el hermoso orgullo desvalido.
En la hermosura para qué. En el ala
del miedo. En el extremo sin escudo.
Porque siempre has pensado en cosas tristes.
Y son tan dulces y no tienen hijos.